



UNA VISITA A ALMAFUERTE

LECTURAS



Nos deja la victoria frente a una de esas casas bajas con dos ventanas y una puerta al lado, las habitaciones dispuestas en hilera hacia el fondo, dando al patio que corre paralelo.

A un par de aldabonazos nuestros, la puerta es abierta por un adolescente, quien lleva nuestra tarjeta y vuelve indicándonos pasar.

Hacia la mitad del primer patio viene desde el último Almafuerte, hombre de regular estatura y ágil, con todo tener sus años. El óvalo de su rostro afeitado, de tez curtida, tiene una línea de suavidad infantil. Sus ojos escrutan con brevedad, movidos tras los espejuelos por una pronta ideación, o son fijados en un punto del espacio por reflexiones también súbitas. Corona la cabeza, de sello inconfundiblemente criollo, una gorra de entrecasa, puesta en todas las formas que le ha de imprimir su dueño durante la conversación. Tras esa gorra, la cabellera no muy abundante, alarga algunos grises tirabuzones.

Desde lejos nos dice ya, con un tono que se creyera de viejo compañerismo:

—¡Yo los voy a recibir tal cual estoy!

Almafuerte es en verdad tan abierto a nuestra visita, como el patio de su casa, ornado con algunas plantas, lo es a la luz del sol.

Pasamos a una habitación, a la primera que después de estrecharnos las manos tenemos cerca. Hay una mesa en medio, otra en un ángulo y encima libros.

—¡Traigan más sillas! Pero... es para mí una satisfacción muy grande.

—Darío nos recomendó con especialidad esta visita no bien llegásemos a La Plata.

—Pero... en fin, si cuando digo yo que Darío es muy bueno...

Almafuerte no se expresa con cláusulas, ni con ademanes preconcebidos. La emoción que lo embarga lo hace parecer doblemente infantil y en gran manera simpático. No se está quieto un momento.

—La repercusión continental de sus versos—le dice Guido—ha obligado a "Mundial" a tenerlo presente de una manera constante.

—¡Pero señor! ¡qué cosa! ¡es una suerte extraña la de mis versos! ¡Yo no sé por qué!... ¡En fin!—exclamó con asombro tan sincero, que me llena de un sublime gozo casi incontinente.

Después concibo, aunque no del todo, la sinceridad de esa especie de susto. Habíamos sorprendido a Almafuerte en sus funciones de jardinero, las que desempeñaba sin duda con tan íntima plenitud de ánimo, que se había olvidado, como tras muchos siglos de una

diferente existencia, de que él era el gran poeta de verbo genial, tonante y apostólico.

—Dario es un buen muchacho. Yo siempre lo he dicho. Prologa a todos los jóvenes. Da paso a los que llegan. Los alienta. Y esas son pruebas de que Dario es bueno ¿no es verdad? Sí, Dario es muy bueno. Y ¡qué quieren que les diga! Para mí vale más eso que tener talento. Yo quisiera irlo a saludar. Pero, ustedes ven, es imposible; no estoy en condiciones de salir. Y a mí no me gusta llevar mi pobreza como un estandarte. Yo les pido encarecidamente que le den un abrazo de mi parte. ¡Sí, caramba! Él debe haber pensado mal de mí. Porque cuando estuvo en Buenos Aires, al principio, Bartolito (se refiere al finado hijo de Mitre, entonces director de "La Nación") que también era un buen muchacho, le pidió que hiciera un artículo sobre mí, a propósito de unos versos míos. Dario dijo de mí que yo hacía discursos mejores que los de Castelar. Me dedicó grandes elogios. Y entonces, un sobrino mío muy perverso, a quien mataron, mandó una carta a Dario insultándolo. ¡Pero vean cómo me hizo quedar con Dario! Bartolito me remitió la carta aquella, y yo se la devolví diciéndole que no era mía.

Almafuerte refiere el lejano caso con la viveza de una impresión reciente.

Se interesa luego por la vida en París; desea conocer "Mundial" y hallar en ella la gran publicación que espera, en estos momentos en que en la Argentina no hay revistas que den prueba de arte, a no ser con un excesivo contrapeso mercantil que las afea mucho y descorazona a los espíritus delicados.

—¿Ustedes toman mate? Sí, cebe, eso es—dice a una sirvienta de aspecto manso, completamente hija del país.

Manifiesta Guido al poeta nuestro desco de fotografiarlo. Yo lo hallo tan bien tal cual se encuentra que, a su propósito de irse a arreglar, se lo expreso y teorizo sobre la indumentaria de entrecasa, más de acuerdo con la psicología.

—Hermosa teoría la suya. Pero opino que a la calle hay que salir bien vestido—responde festejando siempre los motivos de la conversación—sobre todo, cuando de mí se ha dicho que salgo poco menos que descalzo. ¡Ustedes comprenderán!

Comienza a dar algunas órdenes yendo hacia el patio. Y es entonces cuando yo, encantado de aquel hombre cuyas leyendas absurdas me lo pintaron mal, voy hacia él y, poniendo mi mano en su hombro, le digo:

—Maestro, antes me tiene que perdonar una cosa.

—¡Eh!...

—El haber escrito contra usted.

—¡Si yo no recuerdo!—contesta mirándome entre extrañado y risueño.

—Fué en "El Sol", de Chiraldo, cuando hubieron de pelear el pueblo argentino con el chileno; usted incitaba a todos los ciudadanos a la guerra, en una conferencia magistral que...

—Pero bien, pero bien ¡si es un deber de buen hijo el avisarle a su padre cuando hace mal!

Y dichas estas palabras risueñamente siempre, va a hacer su rápido arreglo.

Almafuerte es ágil, he dicho, y es fuerte. Todos sus movimientos dan muestras de una gran riqueza nerviosa.

Al rato vamos hacia el patio último conducidos por él, que nos enseña sus rosálitos, nos explica su sistema para defenderlos contra las hormigas, nos indica

bajo una techumbre una larga mesa de pino, en la que suele convivir a sus amigos a comer.

—Quiero proporcionar ocasión al fotógrafo para que vea donde conviene sacarme.

De pronto se da cuenta de que nuestro fotógrafo quiere tomarlo como cuidando las plantitas, (en efecto sacó ya una instantánea, según sabemos más tarde) y entonces exclama:

—No, no, entre las plantitas va a resultar ridículo.

Después de algunos "trac", seguidos de las infaltibles "¡gracias!" que da el fotógrafo, continúa Almafuerte sus conversaciones alternando con nosotros el mate, buscando inquieto, en los bolsillos del saco, los cigarrillos, que agota rápidamente.

—¡José! tráeme los cigarrillos!—ordena al adolescente que hemos dejado en el otro patio, en una medecora, leyendo un diario.—El muchacho parece que me quiere proteger; cada vez que le pido cigarrillos me manda solamente medio atado. Pues, como les decía—continúa refiriéndose a las imaginaciones a que ha dado pábulos sin motivos—aquí vienen algunas personas, a las que abro mis puertas en calidad de amigos, y luego resultan literatos y psicólogos que, en su afán de hacerme aparecer genial, dicen atrocidades de mí.—Y empieza a citar personas y casos.—Una vez fué un caballero, a quien le soporté buenamente durante horas la lectura de sus versos contra Dios. ¿Qué le habría hecho Dios a ese mozo? ¡Qué barbaridad! Si de mí, que no le hice mal, dijo absurdos, no es extraño, como comprendí después, que así clamara contra Dios. Otra vez viene otro a leerme la semblanza que había trazado de mí, y en ella me dice que yo debía ser muy sensual, porque mi cama era de matrimonio... ¡Pero, señor!... Y porque en mi pieza se veía el retrato de una criolla muy buena moza. Entonces yo, delante del mismo caballero, fuí hasta el retrato, lo descolgué y guardé, diciendo: ya que uno no puede tener ni los retratos de su familia...

Y Almafuerte, con la frase en suspenso, mira a Guido, mira al fotógrafo, me mira a mí. Y continúa:

—¡Claro está! Por eso, ahora soy más prudente.

A nuestro pedido de trabajos para la revista, Almafuerte nos hace pasar por las abiertas habitaciones modestamente amuebladas y acabaditas de asear, hasta la primera de todas, en la que tiene otro escritorio, su retrato al lápiz en gran tamaño, algunos objetos de arte... Nos va a leer unas "Evangélicas".

—Valen más que mis versos—ha dicho previamente.

Elige de un alto manojó de recortes de impresos. Y lee, lee sin énfasis ninguno, sin quejumbre antipática. Lee con acento de firmeza.

—¡Bravo!—exclamo, concluidas aquellas sentencias originales y sólidas.

—Me recuerdan La Rochefoucauld, Pascal...—asienta Guido.

Almafuerte se contenta de ver que, según manifestamos, serán excelentes en la revista las "Evangélicas", donde concurrirán aportando una nota nueva, de alto mérito.

—No tendrán las hondas raíces del roble, pero sí las de las papas. Y las papas son mías.

Esta, como todas las anteriores palabras del maestro, son las que pronunció. Me he complacido en transmitir a los lectores para que muchos de ellos, los más, tengan oportunidad al leerlas, como nosotros al escucharlas, de convencerse de la carencia absoluta de "trascendentales" gestos, ni afectaciones para "epa-

tar", como podrían atribuírsele a Almafuerte, desde que tan estrafalarias cosas se le han colgado.

Y tan es de cierta, ya no sólo su espontaneidad, sino que también su deseo de no parecer afectado, que al insinuársele que podía quedar con el mate, en una fotografía en la cual aparecería solo:

—¡No, no, no!—se apresuró a responder, dándome a mí el adminículo.

—Usted no quiere ninguna cosa que parezca un atributo como el de los dioses!

—¡Eso, eso!—respondió riendo grandemente, a la idea de asemejarse a un mito de novísima invención, mate en mano.

Nos dijo que sus obras se imprimirían en breve, divididas en muchos libros.

—Ya no es propio que les busque títulos bonitos. Sin duda, Darío no imprimiría ahora ningún libro que se llamase "Azul". Les repito, se lo recomiendo: no dejen de darle un gran abrazo por mí. Yo siento no poderle mandar "El Misionero". Pero díganle que yo quiero que lo lea. Lo han de conseguir. Que lo lea.

Nosotros nos disponemos a marchar.

—Una de las composiciones de mis obras completas se la dedico a Rubén Darío. Es la que lleva por título una interrogación.—Y súbitamente agrega: Pueden quedarse a almorzar; quédense si quieren. No les brindo más que con puchero, es cierto. Pero, si gustan quédense sencillamente.

Agradecemos y le manifestamos que tenemos mucho que ver aún en La Plata.

En el patio que se lo alabo por lo ventilado y lleno de sol, se inclina de pronto:

—¡Llévense unas violetas.—Y comienza a cortar. Están sembradas en una especie de canterito, en el suelo. Sí, sí, llévenselas.

Yo quiero, con respecto a mí, ahorrarle el trabajo de que me las corte.

—No. Espere—me interrumpe riendo y ofreciéndome dos—a que le dé las dos primeras del ritual. Corten ahora. Corten, corten. ¡Llévenselas todas!

Y con un ramo de perfumadas y frescas violetas en nuestras solapas—ejemplo de verdadera modestia que nos da el gran poeta, sintiéndose ingenuamente hombre como todos y amigo de los amigos—reconquistamos nuestra victoria, que ha quedado toda la mañana, o poco menos, en la huella que marca el centro de la ancha calle solitaria.

Y descubriéndonos, y en respuesta sacándose Almafuerte su gorra familiar desde la acera, partimos bajo un cielo purísimo y en medio de un luminoso silencio casi campestre.

La brisa nos da a menudo el aroma de nuestros ramos. Y nuestras palabras, que cambiamos enternecidos, nos demuestran también la posesión de otro perfume: el que aquella grande alma de niño, tan imprevisible, tan insospechada, fragante, espontánea y abierta, ha dejado como en un vaso en nuestros corazones.